

Arquitectura y función de los afectos

Una perspectiva desde la historia y la significación

Domingo Boari ¹

*La cuestión no es si las máquinas inteligentes
podrán tener emociones,
sino si podrán ser inteligentes sin tenerlas.*

Marvin Minsky (1986)

Frente al aumento de estímulo, cuando las pulsiones pulsán y exigen, hay que responder: ¿sentir, pensar o hacer? Esas son las tres opciones consignadas en “Formulaciones sobre los dos principios...” (Freud, 1911b). La primera respuesta —la más inmadura y evolutivamente la más antigua— es *la descarga afectiva*. Se produce “hacia adentro”, es decir que altera solamente al cuerpo propio sin modificar la realidad. Por eso, no hace que cese la excitación en la fuente pulsional, el estímulo continúa y la tensión se incrementa.

La segunda respuesta posible es la descarga “hacia afuera”, *la acción*, solo realizable cuando el aparato psíquico es más maduro y logra una función nueva: operar sobre el mundo externo modificándolo con arreglo a fines. La acción, si es eficaz, modifica las cosas de tal modo que el estímulo, sea externo o interno, deja de generar tensión.

La tercera posibilidad, intermedia, es *el pensamiento*. Los pensamientos son ensayos —acciones tentativas con desplazamiento de pequeñas cantidades de investidura— y equivalen a acciones imaginadas, con la intención de elegir cuál es la más acorde a la meta.

Este esquema de “Formulaciones...” explica cuál es la función del pensamiento: preparar las acciones. Y sobre todo cuál es el papel vital de la acción: cancelar la estimulación allí donde se genera el displacer. Pero ¿cuál es el papel de los afectos, emociones o

¹ Tel (054) (011) 5601-5500 / e-mail domingoboari@gmail.com

sentimientos,² descargas evolutivamente antiguas que no cancelan las excitaciones? ¿Con qué beneficio la Naturaleza conservó esta forma de respuesta?

Sucede además una paradoja: aunque no sabemos muy bien cuál es la función de los afectos, no estamos dispuestos a renunciar a ellos. Los seres humanos hemos inventado herramientas que *perciben* por nosotros y hemos generado registros de *memoria* de magnitud colosal. Más aún, desarrollamos muchas máquinas para que *hagan* y otras para que *piensen* por nosotros. Pero no queremos inventar máquinas que amen, se angustien o se alegren por nosotros. *El sentir parece indelegable, se instala en el centro de mi identidad: si dejara de sentir lo que siento dejaría de ser yo.*³

La arquitectura de los afectos (Freud en 1917)

Con los afectos, a Freud le sucedió algo semejante a lo que le ocurrió con las pulsiones. En los dos casos tuvo que elaborar una teoría: acerca las pulsiones, porque la ciencia no le ofrecía ninguna (Freud, 1915c). Y acerca de los afectos, porque la existente no le satisfacía en absoluto.

Lo que la Psicología nos dice sobre [los] estados [afectivos], por ejemplo la teoría de James-Lange, resulta para nosotros, psicoanalistas, tan incomprendible que ni siquiera podemos entrar a discutirlo. (Freud, 1916-17*, pág. 2369).⁴

² Strachey (1962, pág. 66) señala que Freud parece emplear indistintamente los términos “afecto”, “emoción” y “sentimiento”, y pone como principales ejemplos algunos fragmentos de “Lo Inconsciente” (Freud, 1915e, págs. 174, 175) y la Conferencia 25ª de las de *Introducción al psicoanálisis* (Freud, 1915-17, pág. 360). En este trabajo adoptaré esa sinonimia.

³ Partiendo de la teoría psicoanalítica de los afectos, en el libro *Sentir lo que sentimos* (Boari, 2015) he desarrollado una serie de ideas sobre la estructuración y la función de las emociones y sobre los motivos y las formas en que evitamos la verdad de nuestro sentir.

⁴ Para esta cita elijo la traducción de López Ballesteros porque me parece más contundente. En los demás casos, he adoptado la de Etcheverry. (El asterisco en la referencia bibliográfica remite a la edición de Biblioteca Nueva).

En 1884, en Estados Unidos, Williams James propuso una teoría de las emociones que generó mucha polémica. Afirmaba que, ante un estímulo determinado, se produce primero una reacción fisiológica —visceral y muscular— y después, cuando el cerebro registra lo que ocurre en el cuerpo, surge la vivencia emocional. Por ejemplo, cuando uno ve un oso tiene la reacción fisiológica de huir, y es al darse cuenta de que huye que comienza a sentir miedo. De acuerdo con James, no lloro porque tengo pena, sino que tengo pena porque lloro. Con solo un año de diferencia, de modo totalmente independiente, Carl Lange, en Dinamarca, propuso lo mismo.

Aproximadamente medio siglo después, la llamada teoría de James-Lange fue enérgicamente rechazada por Walter Cannon y su discípulo Philip Bard, quienes sostuvieron que los estímulos externos son procesados por el tálamo, y desde allí, por vías neuronales independientes, provocan *simultáneamente* los cambios fisiológicos periféricos y el registro cerebral que da lugar a la experiencia emocional subjetiva.

Notemos, de paso, que en este debate lo subjetivo ocupa un lugar secundario; lo que se discute es la prioridad de los distintos sistemas nerviosos en el desarrollo de la reacción emocional. Desde entonces quedaron abiertas dos líneas. Unos, como James y Lange, le otorgan preponderancia al sistema nervioso periférico (vísceras y músculos) por sobre el sistema nervioso central, que en lo que respecta a las emociones se limitaría a tomar nota de lo que ocurre a nivel del periférico. Otros, en la línea de Cannon y Bard, creen que el papel principal lo cumple el sistema nervioso central, al punto que la emoción puede experimentarse sin participación alguna del sistema periférico.

Aún hoy la cuestión no ha terminado de zanjarse: Mark Solms (1996), desde una postura freudiana, cuestiona a Antonio Damasio (1994) por considerar que cuando este último sostiene que el afecto es la percepción de un estado del cuerpo reinstala la teoría de James-Lange.

Otra polémica —asociada aunque diferente— es la que debate las relaciones entre emoción y cognición. Para algunos psicólogos cognitivos, las emociones dependen de la evaluación subjetiva del contexto. Dicen, por ejemplo, que para que una amenaza genere

miedo debe ser evaluada con el fin de saber si viene de alguien con real capacidad de daño, cuál podría ser la defensa, las consecuencias, etc.

Los neurólogos por su parte sostienen que la emoción puede producirse exclusivamente como resultado de una activación corporal, sin participación de lo cognitivo. Arguyen que un niño es capaz de tener miedo sin una evaluación tan compleja. Frente a un argumento como este, la discusión se desplaza hacia la existencia o no de formas de evaluación simples y automáticas.

Como vimos, Freud ni siquiera consideró posible polemizar. Optó por investigar en su propio campo de trabajo y terminó desarrollando una teoría de las emociones completa y congruente. Lo llamativo es que su teoría, impensadamente, responde, a mi modo de ver, a las cuestiones planteadas.⁵

Partiendo de lo básico, Freud se pregunta:

“¿qué es, en sentido dinámico, un afecto? Para empezar, algo muy complejo. Un afecto incluye, en primer lugar, determinadas inervaciones motrices o descargas; en segundo lugar, ciertas sensaciones, que son, además, de dos clases: las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displacer que prestan al afecto, como se dice, su tono dominante” (Freud, 1916-17, pág. 360).

Por el contexto, cuando aquí afirma que el afecto es “algo muy complejo”, lo que quiere significar es que está compuesto por partes, por eso luego las enumera. Así, por definición, los afectos tienen una *doble faz*: *una cara somática* —las inervaciones motrices y de descarga— y *una cara psicológica* —subdivida a su vez en dos: a) las percepciones de las descargas y b) las sensaciones directas de placer o displacer que les dan una cualidad o tono dominante—.

Hasta ahora lo que dice Freud no tiene nada de original y sería suscripto por los participantes de aquellas polémicas. Todos aceptan la existencia de esas partes; es a partir

⁵ Como Freud no escribió un trabajo unitario sobre los afectos, no se tiene suficiente conciencia de que en el conjunto de su obra desarrolló una teoría completa sobre las emociones (v. gr.: Freud, 1900a, 1915e, 1916-17 y 1926d, 1950a).

de allí que discuten apasionadamente sobre cuál de ellas tiene prioridad en el tiempo o mayor importancia.

Pero Freud va más allá:

...no creo que con esta enumeración hayamos alcanzado la esencia del afecto. En el caso de algunos afectos creemos ver más hondo y advertir que el núcleo que mantiene unido a ese *ensemble* es la repetición de una determinada vivencia significativa (Freud, 1916-17, pág. 360).

Notemos que introducir *la repetición de una vivencia significativa* como el núcleo aglutinante de las emociones implica saltar a una explicación de otro orden: para entender la arquitectura del afecto, Freud recurre a la *historia* y la *significación*. Con ese enfoque puede sostener que el estado afectivo se construye, del mismo modo que el ataque histérico, por “decantación de una reminiscencia” (*ibíd.*, pág. 360).⁶

Toma como ejemplo la angustia: el concierto de acontecimientos (físicos y anímicos) que se amalgaman para dar forma al afecto angustia es la reedición de los sucesos de la vivencia del nacimiento, pasaje traumático durante el cual la vida estuvo en serio riesgo. Con ese sello de origen, la angustia devino el modelo de reacción frente a las situaciones de peligro mortal (*ibíd.*, pág. 361).

Para el científico positivista o el mecanicista, la perspectiva de la historia y la significación puede ser discutible. A nosotros, los psicoanalistas, nos entusiasma, porque es el enfoque propio de nuestra disciplina y siempre nos resultó fecundo. Y en este caso, nos permite terminar con un debate ocioso, porque polemizar sobre las partes del afecto sin considerar la vivencia significativa que las une equivale a tratar de entender una escena de

⁶ En *Estudios sobre la Histeria* Freud había señalado las semejanzas entre la forma en que se originan algunos síntomas histéricos y el modo en que, en opinión de Darwin, se formaron filogenéticamente las emociones. En palabras de Freud (1895d, pág. 193), según Darwin, las sensaciones e inervaciones propias de la “expresión de las emociones” provienen de operaciones que en su origen estaban provistas de sentido y eran acordes a un fin. (Es decir, las emociones son residuos o reminiscencias de antiguas acciones eficaces). No es la única vez que en su obra Freud cita *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* (Darwin, 1870), libro al que sin dudas conocía muy bien. Evidentemente en la base su teoría sobre los afectos está presente esta sugerencia de Darwin.

teatro discutiendo sobre la interrelación de los personajes sin considerar la existencia de un guion argumental.

La función de los afectos (Freud en 1926)

Casi diez años después, ocupado otra vez en el tema de la angustia, Freud retoma el estudio de los afectos. Primero reafirma con más seguridad lo vislumbrado en 1917 y, además, generaliza para todos los afectos lo que había sugerido para algunos.

Los estados afectivos están incorporados {*einverleiben*} en la vida anímica como unas sedimentaciones de antiquísimas vivencias traumáticas y, en situaciones parecidas, despiertan como unos símbolos mnémicos (Freud, 1926d, pág. 89).

Luego sigue avanzando: si los afectos se despiertan en “situaciones parecidas” a las que les dieron origen, y la angustia, que es el mejor ejemplo, surge como repetición frente a situaciones actuales de peligro, entonces la función originaria de la angustia es ser una *señal*: un aviso que se anticipa y opera como alarma.

Es por todos conocidos que descubrir “la función” que tiene la angustia de ser una señal (*ibid.*, pág. 121) lo llevó a Freud a modificar su teoría sobre la angustia. Lo que merece subrayarse es que la importancia de esta función es tal que a partir de entonces él la consideró una “necesidad biológica” (*ibid.*, pág. 89), ya que sin la capacidad de anticiparse de algún modo a las situaciones de peligro un ser viviente no podría sobrevivir.

Hasta aquí he seguido prolijamente las ideas de Freud. Más que por ser el padre del psicoanálisis o por el peso que tiene su palabra de maestro, lo sigo porque sus argumentos me resultan convincentes. Y me parece que permiten dar un paso más.

Freud descubrió el origen filogenético y la arquitectura de la angustia y los generalizó a todos los afectos. No hizo lo mismo con la función de la angustia: no dijo explícitamente que todos los afectos fueran señales.⁷

A mi modo de ver, debe generalizarse también ese aspecto de la teoría freudiana de los afectos: todos ellos, en la medida en que se mantengan dentro de niveles equivalentes a los de la angustia señal, funcionan *primariamente* como señales indicadoras del contexto.

Pueden ser llamados brújulas o guías emocionales, no tanto porque nos dicen lo que hay que hacer —la angustia señala la presencia del peligro pero no nos dice cuál es la acción más conveniente en esa circunstancia—, sino porque nos ayudan a “entender de qué se trata”.

En términos muy generales y considerando que las coloraciones afectivas marcan matices de significación, afectos como la angustia y sus variantes nos señalan que estamos en un *contexto de peligro*, en tanto que la alegría, el entusiasmo o la curiosidad nos indican que el *contexto es de acercamiento y encuentro*. La tristeza, el duelo o el desencanto nos muestran que el contexto es *de pérdida y dolor*, y el desagrado, el enojo o la ira nos advierten que estamos en un contexto *de contrariedad y oposición*.

En otras palabras, en su doble faz corporal y anímica los afectos son reacciones fisiológicas heredadas que vibran en respuesta a la *significación* de la circunstancia y funcionan como alertas endógenas que rotulan el contexto.

Más allá de esta función normal —y, paradójicamente, como prueba fáctica de ella— está la patología de los afectos. Freud decía, para el mecanismo de principal defensa por antonomasia:

“La represión no [tiene] otro motivo ni propósito que evitar el displacer” (1915*d*, pág. 148).

⁷ Sin embargo, en *La interpretación de los sueños*, hablando de la función del pensamiento, Freud había anticipado que los afectos podrían cumplir la posible función de señal: “El pensar tiene que tender [...] a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de placer, y a restringir el desarrollo del afecto por el trabajo del pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal” (Freud, 1900*a*, pág. 592).

Y también:

“la sofocación del desarrollo de afecto es la meta genuina de la represión” (1915e, pág. 174).

Y en esa dirección, nadie con experiencia en clínica psicoanalítica negaría que todas las defensas procuran evitar el sufrimiento psíquico impidiendo el desarrollo de afectos que nos causan dolor. Pero la patología de los afectos es tema para otra ocasión.

Bibliografía

- BOARI, Domingo (2015): *Sentir lo que sentimos*, Ediciones Biebel, Buenos Aires
- DAMASIO, Antonio (1994): *El Error de Descartes*, Ediciones Andrés Bello, Santiago de Chile, 1999.
- DARWIN, Charles (1872): *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1984
- FREUD, Sigmund (1895): *Estudios sobre la Histeria*, (en colaboración con J. Breuer), en *Obras Completas (O.C.)*, tomo II, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.
- FREUD, Sigmund (1900a): *La interpretación de los sueños*, en *O.C.*, tomos IV y V.
- FREUD, Sigmund (1911b): “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, en *O.C.*, tomo XII.
- FREUD, Sigmund (1915c): “Pulsiones y destinos de pulsión”, en *O.C.*, tomo XIV.
- FREUD, Sigmund (1915d): “La represión”, en *O.C.*, tomo XIV.
- FREUD, Sigmund (1915e): “Lo inconsciente”, en *O.C.*, tomo XIV.
- FREUD, Sigmund (1916-17): *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *O.C.*, tomo XVI.
- FREUD, Sigmund (1915-17*): “Conferencia 25ª. La angustia”, *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *Obras completas*, tomo VI. Biblioteca Nueva, Madrid, 1972.
- FREUD, Sigmund (1926d): *Inhibición, síntoma y angustia*, en *O.C.*, tomo XX.
- FREUD, Sigmund (1950a [1895]): *Proyecto de una psicología para neurólogos*, en *Los orígenes del psicoanálisis*, en *O.C.*, tomo I.
- MINSKY, Marvin (1986): *La sociedad de la mente*, Ediciones Galápagos, Buenos Aires. pág. 168.
- SOLMS, Mark (1996): “Was sind Affekte?”, *Psyche – Zeitschrift für Psychoanalyse*, 50:485-522.
- STRACHEY, James (1962): “Apéndice. Surgimiento de las hipótesis fundamentales de Freud”, en *O.C.*, tomo III.